



NUM. 18. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 29 DE ABRIL DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



an sido capturados don Carlos y don Fernando de Borbon, en Ulldecona, no lejos del sitio donde habian desembarcado. Refiérese que cuando á consecuencia del grito de las tropas en favor del gobierno establecido, se dió entre los conjurados el de salvarse quien pueda, uno de los antiguos jefes carlistas, vecino de Tortosa, se acercó á don Carlos y don Fernando, y les invitó á salvarse con él en una lancha que tenia preparada en la playa. Aceptaron al principio la invitacion; mas cuando llegaron á la lancha, observó don Carlos que era demasiado pequeña, y temiendo zozobrar, dijo que allí no se embarcaba. Instóle el jefe carlista, y viendo que no podia decidirle á poner el pié en la barca, se despidió de él diciendo que preferia morir ahogado á morir fusilado, y que comprendia que don Carlos y don Fernando de Borbon no quisieran esponerse á aquel peligro, pues aun cuando fuesen capturados, su vida estaba segura. Acto continuo la barquilla se alejó de la playa, llegó costean-do al amanecer á Barcelona, y depositó los fugitivos en un buque extranjero que los condujo á Marsella. Mientras tanto don Carlos y don Fernando con un criado y dos guias se dirigieron á Ulldecona, y buscaron asilo en casa de un pobre jornalero. Los dos guias, conocidos por su afecto á la causa carlista, fueron espíados: la circunstancia de haberse visto entrar mas abundante comida y de mejor calidad que la ordinaria en casa del jornalero, escitó la sospecha, la cual se convirtió poco despues en seguridad. Se registró la casa previas las precauciones necesarias para que nadie pudiese escapar, y en una sala pequeña fueron hallados los dos hermanos y el criado de confianza.

La tartana ha desempeñado en estos sucesos un papel importante. En tartana caminaban don Carlos y don Fernando cuando precedian á las tropas traídas por Ortega;

en tartana huyeron por un breve espacio, y cuando fueron hallados por la guardia civil, en tartana se trasladaron á Tortosa. El brigadier Lopez Ballesteros se encargó de los presos, y segun parece fué hablando largo rato con don Carlos, girando la conversacion sobre la organizacion de la caballería, la guerra de Africa, y la política de los gabinetes extranjeros.

La prediccion del jefe carlista que se salvó en la barca, se ha cumplido: no hay que temer por la vida de don Carlos y don Fernando de Borbon: no se sabe, á lo menos en el momento en que escribimos estas líneas, no se sabe siquiera si serán juzgados.

Sobre este asunto se han emitido en la prensa varias opiniones segun el punto de vista en que cada cual se ha colocado para juzgar la cuestion. Los unos dicen que don Carlos y don Fernando de Borbon deben ser juzgados por el tribunal ordinario, bien sea este el consejo de guerra, bien el juez de primera instancia. Otros creen que debe sometérselos al juicio del Senado constituido en tribunal, para lo cual se les debe traer á Madrid. Otros no quieren que funcione ni el tribunal ordinario, ni el Senado, ni ningun tribunal en este caso, y aconsejan al gobierno que haciendo acompañar por una escolta á don Carlos y don Fernando de Borbon, los conduzca á la frontera y allí los deje en plena libertad. Otros, en fin, opinan que ya por medio de un real decreto, ya con acuerdo de las Cortés, se debe dar una amnistía general, que comprenda, no solo á don Carlos y don Fernando, sino á todos los complicados en su causa, y que tendria por resultado poner en libertad así á los unos como á los otros. Dentro de poco veremos cuál de estas opiniones prevalece.

Llegaron por fin al campamento de Tetuan los comisionados marroquíes y comenzaron en seguida las conferencias para el tratado de paz. El 25 se esperaba que estuviese concluido; mas parece que sobre algun artículo esperan los moros del sultan mas amplias instrucciones de las que llevan. El emperador ha enviado al general O'Donnell ocho caballos árabes que se han repartido del modo siguiente: dos para el general en jefe, uno para cada uno de los generales Prim, Garcia y Ustariz, y los tres restantes para los dos plenipotenciarios y el intérprete. El general O'Donnell estuvo el otro día en Ceuta para revistar las tropas y reconocer los límites señalados en las bases preliminares, y por la tarde volvió al campamento de Tetuan. Dícese que los moros proponen dar desde luego una buena parte de los 400.000,000 de indemnizacion de guerra, con tal que se les entregue á

Tetuan inmediatamente, ofreciendo otras garantías, como firmas de casas de comercio respetables, etc., para el pago del resto de la indemnizacion. No sabemos el fundamento que tendrá esta noticia; si es cierta y el ofrecimiento de los moros es admitido, creemos que esto retardará algo mas la venida del general en jefe, á quien esperan con impaciencia sus colegas y en general los hombres políticos de todos los partidos.

Entre tanto, disueltos los cuerpos segundo y tercero, han comenzado á regresar á la península. En el número de hoy damos el retrato del general Quesada, que tanto se ha distinguido al frente de una division del tercer cuerpo.

Segun las noticias de Tetuan y del campamento, el cólera se presenta benigno, aunque con frecuencia, siendo mas bien casos de disentería, que cuidados á tiempo no ofrecen peligro, aunque descuidados se convierten en fulminantes. Averiguado el suceso desgraciado del Padre Sabaté, parece que este digno sacerdote se hallaba hacia cinco dias con síntomas de la enfermedad, que desatendió por atender con mas celo á los sagrados deberes de su ministerio.

El rey Victor Manuel está recorriendo las provincias últimamente agregadas al Piamonte. A pesar de la excomunion, el obispo y cabildo de la catedral de Florencia salieron á recibirle el dia de su entrada en la ciudad y cantaron en su presencia un solemne *Te Deum*. Generalmente el clero de las provincias unidas no ha cambiado de actitud respecto del gobierno sardo, á pesar del anatema. Dícese que el conde de Cavour, ministro de Victor Manuel, al tener noticia de la excomunion, pasó una circular reservada á los prelados é individuos principales del clero, invitándoles á tomar el partido que creyesen mas conveniente, adhiriéndose á su causa ó á la del cardenal Antonelli, y debiendo en este último caso dejar sus diócesis y prebendas. La gran mayoría, segun parece, ha contestado con arreglo á los deseos del conde de Cavour.

Los sucesos de Sicilia siguen envueltos en la oscuridad. La insurreccion, segun las noticias mas fidedignas, ha sido vencida en las principales ciudades; pero se sostiene en el interior y en las pequeñas poblaciones. La bandera de los insurrectos era tambien la union á la Cerdeña bajo el cetro de Victor Manuel. Habíase dicho que se reuniría un Congreso europeo para el arreglo de la cuestion de Saboya y Niza; pero no hay que esperar tal reunion desde el momento en que el gobierno francés ha declarado fuera de todo debate la anexion de aquellos territorios á Francia.

Los teatros han estado en la última semana poco animados. El *Príncipe* nos ha ofrecido una comedia nueva con el título de *El tío y el Sobrino*, y una pieza con el de *Grandeza de Alcorcon*. El éxito de ambas producciones ha sido regular: sus chistes escitan la risa del público: los hay de todos colores, cosa que no aprobamos en obras de este género.

La *Torre de Londres*, drama representado en el *Circo* tiene bastante interés y escenas fuertes. El aparato con que se representa contribuye al lucimiento de esta función.

La *Zarzuela* dispone para el 15 de mayo una serie de representaciones de ópera en que tomarán parte el tenor Tamberlik, la Kennet, la contralto Heller, el baritono Bartolini y el bajo Manfredi. Esta serie de representaciones terminará el 15 de junio. La empresa ha publicado la nota de los precios de las localidades, bastante elevados por cierto, partiendo sin duda del refran que dice á buen bocado buen grito.

En el Conservatorio debió representarse ayer entre otras cosas la zarzuela nueva en un acto titulada *El Tambor*, letra de don Emilio Alvarez, y música de don Rafael Hernando. En esta función, que es la segunda y última que se da á beneficio de los heridos de Africa, han debido tomar parte Romea y la Berrobianco, la Zamacois, Obregon, Cortabitarte y los alumnos y profesores de la escuela.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

UN PASEO POR EL MUNDO CIENTIFICO.

ACÚSTICA.

Una de las observaciones modernas mas curiosas sobre la acústica es la elevacion del tono del diapason normal de las orquestas; elevacion que puede tener una gran influencia en la música. Pero antes de hablar de esta delicada observacion, digamos algunas palabras sobre el arte de Orfeo, que servirán para aclarar mas lo que forma el objeto de este artículo.

Sabido es que en el sonido hay que distinguir tres cosas: la intensidad que depende de la mayor ó menor amplitud de las vibraciones del cuerpo sonoro; el timbre que es el carácter particular del sonido, mas fácil de comprender que de definir, y que nos hace distinguir claramente una voz de otra, y un instrumento de otro; y por último, el tono que depende del número de vibraciones que tienen lugar en un tiempo determinado, en un segundo por ejemplo. A medida que es mayor este número de vibraciones el sonido es mas agudo.

Como la voz no es mas que un sonido hay que distinguir en ella las tres cosas que acabamos de decir. El timbre le da la naturaleza y constituye principalmente la belleza de la voz; la intensidad y el tono dependen de la voluntad y tienen en cada persona ciertos limites impuestos por la naturaleza, por la costumbre, por la edad y en general por todo lo que nos rodea y nos afecta; porque no hay cosa que mude y se resienta tan fácilmente como la voz. Con el sonido tiene estrecha relacion el oido, es decir, la facultad de percibir la delicadeza y variaciones del sonido, la armonía, la grata sucesion y combinacion de sonidos que constituye la música. La voz y el oido son susceptibles de cierta educacion suponiendo siempre que naturalmente posean la delicadeza suficiente para ello; y el oido, lo mismo que la voz, lo mismo que el hombre se vicia con los malos hábitos y llega á perderse completamente. No es raro ver personas de fino oido que estando en la embriaguez no solo no comprenden las armonías que les encantan en su estado normal, sino que les producen una sensacion de malestar. Puede admitirse que aquellas cualidades que nos distinguen principalmente de los brutos y nos aproximan á la divinidad son las que mas pronto se pierden por el vicio ó por el abuso; y el hombre es el único ser que posee un órgano tan delicado y perfecto que le permite gozar las gratas y sublimes impresiones de la armonía.

Lo que llamamos voz no existe en los animales; y en cuanto á su oido solo les permite percibir el tono y el compás; así es que una pieza que producía una sensacion agradable en un elefante le era indiferente tocada en otro tono. Nuestros lectores habrán oido indudablemente hablar del perro filarmónico que vivía no hace muchos años en Barcelona y que asistía diariamente á las funciones de iglesia, á las paradas y á los teatros prestando á la orquesta cierta atencion y siguiendo el compás. Un aficionado al violin tocó delante del perro un vals y el animal agradecido, puesto en dos piés lamia las manos del músico y mostraba su placer con otros movimientos; el artista tocó despues el mismo vals variando de tono y el perro fué á echarse como enojado en un rincon de la sala, hasta que volvió á oír de nuevo el primero. Esta y otras muchas observaciones que se han hecho, demuestran que la música es para los animales un compás monótono, una música muerta sin armonía, sin melodía.—No así para el hombre que encuentra en ella una fuente inagotable de placer, una atmósfera en que respira el furor ó la melancolía, la alegría ó la tristeza. Y es de

notar aquí que á pesar de que cada día es mayor la afición á la música y de que su estudio es hoy una parte principal de la buena educacion, es muy notable que no tenga en los pueblos modernos la misma influencia que en los antiguos. La educacion del oido, la perfeccion de los instrumentos y sobre todo el estudio de la sucesion y combinacion de los sonidos y de todas las leyes acústicas, permite hoy dar á la música toda la flexibilidad y armonía que se quiera; y sin embargo sus notas son escuchadas con indiferencia, incapaces de mover á quien las escucha.

La música en sus primeros tiempos fue simplemente una especie de canto llano, que entonaba todo el pueblo en las grandes solemnidades, canto que aunque no sujeto á las leyes de la armonía producía una impresion grata en la sensibilidad de los oyentes; así como sucede hoy en las naciones en que es costumbre que el pueblo cante en la iglesia, formando una especie de coro que habla al entendimiento y á la imaginacion mas que al oido. Conocemos una señora alemana protestante, cuyas virtudes y talento admiramos y á quien hemos oido referir varias veces que estando en Roma asistía con frecuencia á las ceremonias de la Iglesia Católica porque encontraba un placer profundo en oír las millares de voces que entonaban himnos á su Dios; y no pocas veces este cántico monótono hacia asomar las lágrimas á sus ojos.

Despues del pueblo hebreo que poseía multitud de cánticos, y en que llegó á una verdadera perfeccion el arte de pulsar el arpa, si hemos de creer á los historiadores, el primer pueblo que manifestó una afición decidida á la música, y que dió mas dulzura á las notas para espresar todos los afectos, fue la Grecia, nacion á que hay que acudir siempre que se trata de buscar el origen de las bellas artes. Basta para conocer la idea que tenían de la influencia de la música saber la historia mitológica de Orfeo, hijo de Apolo, que tocaba con tal perfeccion la lira, que con sus sonidos hacia mudar de sitio los árboles y montañas, detenía el curso de los ríos, y domesticaba los animales feroces; llegando su poder hasta conmovier y convencer al mismo Pluton en sus terribles antros.—Considerando los griegos la música como un medio para mover al hombre á las acciones buenas y heroicas, tenían cuatro cantos con este objeto. El primero llamado *dórico* servía para las cosas graves y solemnes; el segundo ó *frigio* escitaba el furor; el tercero llamado *hipofrigio*, estinguía con su dulzura el furor que escitaba el frigio; y por último, el cuarto llamado *lidio*, era canto de tristeza, languidez y melancolía. Cuéntanse sobre la influencia de estos diversos géneros de música tantas anécdotas, algunas de ellas confirmadas por la historia, que seria cosa de nunca acabar tratar de referirlas. Polibio dice que en algunos pueblos de Arcadia se multiplicaban los crímenes feroces por haber descuidado el estudio de la música sus habitantes, y Plutarco atribuye la inmoralidad de los jóvenes á la corrupcion de la música. Un músico contuvo en la virtud á Clitemnestra, mujer de Agamemnon, hasta que Egisto que estaba enamorado de ella, desterró al desgraciado lirico. Timoteo escitaba de tal modo el furor de Alejandro con el canto frigio que este se levantaba de la mesa y corría al combate con espada en mano, arremetiendo á sus convidados.

Así es que en Grecia se consideraba al arte de la música como un elemento poderoso para desarrollar ciertas pasiones, y se conservaba con tanto rigor la pureza del canto, que Timoteo fue desterrado por haber añadido á la lira dos cuerdas que producían notas tan afeminadas, que temieron corrompiera las costumbres de la juventud y la hiciese olvidar su decoro en las fiestas (1).

Los conocimientos que tenemos de la música antigua nos inducen á creer que se estimaba mas el tono grave que el agudo; lo cual puede esplicarse tanto porque la música era un elemento de las funciones solemnes, en las cuales conviene el tono grave, como porque los instrumentos antiguos eran en su mayor parte mas propios para producir estos tonos. Hace mucho tiempo que algunos escritores y músicos hallaron esta diferencia de tono entre la música antigua y la moderna; pero su asercion no estaba comprobada exactamente; ni se conocía tampoco la medida, por decirlo así, de la elevacion del tono, hasta hacerse las observaciones que vamos á indicar.

En las orquestas modernas el diapason normal se arregla para el número de vibraciones que produce en un segundo el *la* que da el tono á los músicos. Un físico francés, Mr. Lissajous, despues de haber observado la escasez de voces en los teatros de ópera y la rapidez con que pierden su voz los cantantes, ha creído encontrar la causa de estos males en la elevacion del tono del diapason normal. Sus observaciones, aunque no tan completas co-

(1) Es curioso el decreto de destierro de Timoteo, que es tal como sigue, tomado de Boecio. «Habiendo venido Timoteo el Milesio á nuestra ciudad, despreciando el antiguo modo de cantar y añadiendo á la lira mas cuerdas sobre las siete que tenía, con lo cual corrompió y vició con esta novedad el oido de los jóvenes y alteró la forma y naturaleza de la música llenándola de inflexiones y haciéndola perder su sencillez y gravedad, y habiendo ademas introducido una perniciosa doctrina en los juegos de Ceres Eleusina, cantando indecorosamente el parto de Semele delante de los jóvenes; fué parecido al rey y á los Eforos que Timoteo sea condenado á salir de Esparta, y á arrancar públicamente las cuerdas que añadió á la lira, para que escarmentados con este ejemplo los jóvenes no se atrevan á introducir en adelante ninguna mala costumbre en Lacedemonia, y los juegos se celebren con el honor y decoro que corresponden.»

mo seria de desear, se remontan hasta principios del siglo XVII, en que Sauveur fijó el *la* de las orquestas de París en ochocientas diez vibraciones por segundo. El *la* de la capilla real en tiempo de Luis XVI, segun las observaciones de Pfeiffer daba ochocientas diez y ocho vibraciones; en 1808 el *la* de una flauta de Holtzapfel era de ochocientas cincuenta y tres. En 1823, segun Fischer el *la* variaba entre ochocientas cuarenta y ocho y ochocientas cincuenta y cinco vibraciones. En 1834 segun las investigaciones de Scheibler el *la* de la ópera era de 867,5; y por último en 1856 de ochocientas noventa y ocho.—Y no solo en París ha habido esta elevacion, sino que ha sido general en todos los teatros habiendo algunos, como el de Lila, en que el *la* da novecientas diez vibraciones por segundo.

Es de notar que esta elevacion de tono ha tenido lugar principalmente en nuestro siglo y ha sido mas rápida en los treinta últimos años. El físico francés no contento con esta observacion ha querido descubrir sus causas, y reconoce tres principales. Es una de ellas la importancia que han tomado modernamente los instrumentos de viento, cuya mayor sonoridad haciendo mas agudo el tono permite al mismo tiempo disminuir el peso del instrumento y le hace mas propio por ambas razones para las músicas militares que tanta importancia tienen en el día. Una cosa semejante sucede en los pianos. Para conseguir que las cuerdas sean muy sonoras es preciso darles una tension que se aproxima mucho á la que produce su ruptura: la perfeccion que hoy tiene la fabricacion de las cuerdas permite darles esta tension; y así el fabricante consigue dar á sus pianos una gran sonoridad, sin aumentar su precio.

Por último puede influir tambien en la elevacion del tono el modo con que ordinariamente se arreglan los diapasones por comparacion. Se consigue esto por medio de la lima y sabido es que al limarle se eleva su temperatura, y aunque en aquel momento esté acorde con otro diapason, al enfriarse se eleva el tono. El que se arregle por este y todos los demás irán aumentando el número de vibraciones; aumento que formará una progresion geométrica.

El mismo físico, que ha dedicado mucha parte de su vida al estudio de las leyes acústicas ha resuelto el problema de hacer visibles las vibraciones sonoras, es decir, de transformar este fenómeno acústico en un fenómeno óptico.—Para conseguirlo se coloca un espejo pequeño en la cara exterior de una de las piernas del diapason, y se dirige al espejito un rayo de sol: si el diapason permanece inmóvil, es decir, si no produce ninguna vibracion, el rayo de luz permanecerá tambien inmóvil yendo á proyectarse en una pantalla dispuesta de antemano, segun las leyes ordinarias de la reflexion; pero si vibra el instrumento, el rayo luminoso reflejado traza en la pantalla una figura cuya longitud es proporcional á la amplitud del movimiento vibratorio. De este modo se pueden comparar exactamente la amplitud de las vibraciones de dos diapasones ó de una cuerda vibrante y de un diapason.

FELIPE PICATOSTE.

LA CRUZ DE MAYO.

(IMPRESIONES.)

I.

El hálito destructor del invierno, ha sido reemplazado por la brisa primaveral.

La naturaleza va despertando de su aterido sueño y sonríe cariñosa á los benéficos rayos del sol que le infunden nueva vida.

Y brotan las plantas y retoñan los árboles y empieza á susurrar el claro arroyo entre praderas de esmeralda, y el canto matutino de los pájaros resuena cada día mas bullicioso y prolongado, como si dieran gracias al Señor por la preinura con que el alba disipa las sombras de la noche.

Y las violetas, esas estrellas de los campos, precursoras de la luz de su alegría, inclinan sus moradas hojas entre la lozana yerba que las oculta, una vez cumplida su mision, para dejar perfumado su recinto á las lilas y azucenas á los lirios y gayombas.

Aproxímase el día de la fiesta de las flores, el día en que las mas frescas, si no las mas hermosas, deben enlazar con sus tallos y besar con sus pétalos el sagrado símbolo de nuestra redencion, tributándole sus aromas puros como el incienso de los templos.

El día de la Cruz de Mayo.

II.

Vosotras, vírgenes de quince abriles, de rojos labios y sonrosada tez, que al gorgojo de las aves que mueven las enramadas de los jardines ó vuelan sobre el tejado de vuestras ventanas, entreabris los ligeros párpados y sacudiendo la sedosa cabellera, dejais el lecho con el cansancio de la inocencia y la calma de los ángeles, yendo á presentar vuestra casta frente á las suaves brisas de mayo que os llevan en cada caricia las seductoras quimeras que dan brillo á vuestros ojos y encanto á vuestro corazón;

Vosotros, jóvenes entusiastas, que al través del halagüeño prisma de la adolescencia, divisáis el mundo que apetecéis y con la vista siempre fija en el iman de vuestros deseos, quisiérais apresurar el inmutable paso de los siglos, avidos de los goces que os esperan, sedientos por apurar el raudal de los placeres que entreveís en lontananza, sin cuidaros de la felicidad que os rodea en esa edad de oro en que cada nueva emoción que sentís es una flor nacida en el árbol de vuestras ilusiones.

Oíd la palabra que os dirijo porque ansío respirar otra atmósfera distinta de la que siempre me circunda.

Porque la luz de ese sol purísimo que refleja en la nívea cima del Guadarrama, me trae á la memoria los años de mi niñez, de mi juventud, de la aurora de mi existencia.

Y mi alma, en alas de sus recuerdos, se remonta á los *Cármenes* del Dauro y á los bosques de la Alhambra, que grabaron en mi mente, con caracteres imperecederos, la poesía de su belleza.

Y necesito de vosotros para compartir mis impresiones porque solo vosotros podreis hoy conocerlas y apreciarlas.

Mas no para trazaros una erudita historia de las costumbres de este día.

¡Fuera pergaminos! Basta de mamotretos.

Hace mucho tiempo que el polvo de los libros empaña el ambiente de mi habitacion y ya empieza á identificarse conmigo.

Tengo algunos cabellos grises.

Ademas de que otras plumas mas autorizadas, y mejor conducidas que la mia, han escrito cuanto pudiera yo espresaros.

Y sería una doble repetición: la de la forma de este artículo y la de su esencia.

III.

Apartémonos un instante de nuestros ordinarios pensamientos y sin detenernos en examinar los detalles de la costumbre de este día, agradables unos, pintorescos otros, incómodos algunos, españoles todos, fijemos la atención en esos rústicos altares improvisados en medio de las calles á la Cruz de Mayo.

¡Ah! qué sentimiento religioso, qué poesía tan sublime se despertaron en el fondo de mi corazón la vez primera que reflexioné en el holocausto que hoy rinde el pueblo á esa Cruz, símbolo de la grandeza, sello de la caridad, poema del amor, emblema de la resignación, epopeya del sufrimiento, abnegación de las abnegaciones y en una época en que la naturaleza reviviendo de sí propia parece comunicarnos su expansión, para hacernos comprender que todos esos sueños que al arrullo de las aves, al aroma de las flores, al perfume de la tierra, al suspiro de las auras y al murmullo del arroyo, brotan de nuestra imaginación son presagios de que podemos realizarlos si seguimos el ejemplo del que eligió para ofrecérselos la Cruz que se ostenta á nuestros ojos, adornada con las galas de que se viste la campiña al impulso vivificador de las brisas de abril y mayo.

IV.

Voy á pesar de mi propósito á consagrar algunas líneas á la historia tradicional. Aficionado á este género de literatura, no puedo menos de invocar su ayuda, si he de dar algun colorido á mis impresiones, aunque por esta causa resulte un cargo á mi consecuencia.

La costumbre de festejar con bailes y dulces la vuelta de la primavera que aun sigue el verdadero pueblo español, la gente de la clase baja, se remonta casi á los tiempos primitivos.

Con sencillas fiestas y alegres danzas, celebrábase en Roma la venida de mayo personificada en *Maya*, hija de Atlante y mujer de Júpiter.

En los pórticos de los jardines y huertos se tendía una rica alfombra de vivísimos colores, ó se tapizaba el suelo con hojas de alhelios y pensamientos y sobre un almohadon de terciopelo, sentábase una hermosa niña, con el cabello suelto, vistiendo una túnica de brocado de plata y oro, cubiertos sus dedos de piedras preciosas y de perlas el cuello. Una corona de lirios ceñía su cabeza y un ramo de blancas azucenas que se colocaba en su diestra, eran los principales distintivos del papel de *Maya* ó reina de las flores que la niña representaba en aquel día.

Para este fin, elegíase á la mas bella de todas las jóvenes que se juntaban en los jardines, las cuales con el cabello trenzado y entrelazado con lilas y primaveras danzaban alrededor de la *Maya* pidiendo á los transeuntes que se acercaban á contemplarlas, dulces ó dinero para comprarlo y obsequiar á la reina de las flores y á sus amigas.

Aun se conserva en España memoria de las *Mayas* del siglo XVI.

V.

Desgraciadamente estas poéticas costumbres van desapareciendo poco á poco de nuestra sociedad.

Lo que no desaparecerá nunca es el sentimiento que los albores de la primavera con su manto de verdura, su aliento embalsamado, su corona de flores y su Cruz de Mayo, hacen germinar del corazón en la alborada de nuestra vida, cuando nos dormimos en brazos de la es-

peranza, cuando el manantial de nuestras ilusiones no ha sido agotado por el soplo ardiente del desengaño.

Por eso, al rejuvenecerme con la animación de mayo, invoco á los seres llenos de lozanía y aspiraciones que empiezan su carrera como la estación de las flores.

¡Ay! Pronto el fuego abrasador de las pasiones, absorberá sus puros sentimientos y el hielo de la decepción, del cálculo ó del egoísmo, no tardará en esterilizar completamente el campo de sus nobles sensaciones.

VI.

Hay otros seres cuya frente, rugosa por el dolor ó el desenfreno, entibia las frescas auras que mecen sus típicos cabellos, seres que vieron desvanecerse una á una las ficciones de sus ensueños, ahuyentarse todas sus esperanzas, nublarse para siempre el cielo de sus pensamientos, seres combatidos por las tempestades de la existencia, cuyo estado se retrata en los siguientes versos de un oscuro poeta, cuando aun tenia fuerzas para cantar.

He pasado horas crueles,
horas que al tiempo que pasan
el corazón emponzoñan
y al emponzoñar, desgarran,
llevándose una ilusión
y matando una esperanza,
horas de espanto que hielan
horas de fiebre que abrasan
horas lentas que consumen
horas que marchitan rápidas
y una eternidad de infierno
en cada segundo abarcan.

A esos infortunados, semejantes á los escépticos, verdaderos ó hipócritas, y á los que embotadas sus facultades intelectuales, nada sienten, porque no comprenden ó no quieren comprender mas que el ridículo que arrojan sobre todo cuanto existe, les tengo reservado hablarles, no de la Cruz de Mayo, sino de las cruces del 2 de noviembre, en que la tierra está tan árida como sus corazones y los árboles tan escuetos y desnudos como sus almas de afecciones ó sus cerebros de ideas.

VII.

Mayo engalana la tierra, julio la seca, diciembre la hiela.

Pero otro mayo la reanima.

Y una vez seca y helada nuestra alma, no tiene otro mayo que la regenere.

Triste condicion de la humanidad. Pasa—pasa y nunca vuelve.

Sin embargo, tambien hay para nosotros otra primavera mas brillante y fecunda que la de nuestra vida y la de los años.

Otra primavera sin estío que la agoste ni invierno que la destruya.

Primavera eterna, que no reconociendo las leyes inalterables de las estaciones, no viene como la de la naturaleza.

Hay que buscarla.

Y el camino, aunque áspero, no es ignorado.

Una simple señal á él nos conduce y hoy se encuentra en todas las calles.

La Cruz de Mayo.

J. J. SOLER DE LA FUENTE.

EL CASTILLO DE SAN SERVANDO

Ó SAN CERVANTES.

(TOLEDO.)

*Castillo de San Cervantes
tu que estás junto á Toledo;
fundóte el Rey Don Alonso
sobre las aguas del Tejo.*

*Lampión debes de ser,
castillo si no estoy ciego;
pues siendo de tantos años
sin barba-cana te veo.*
(GÓNGORA).

Corría el año de gracia de 1534, cuando en una apacible mañana de invierno subían por la escarpada cuesta del alto cerro, que al frente del renombrado Alcántara ostenta en su cima, hoy arruinada, pero entonces robusta fortaleza, brillante cabalgata de guerreros y cortesanos, entre los cuales se distinguía por su gallarda apostura, marcial continente y aquella espresion de dominadora entereza, que, como un reflejo de los decretos de la Providencia se encuentra en la frente de los que ella destina á dar unidad á los diversos estados que los hombres subdividieron, el victorioso emperador Carlos I de este nombre en España, aunque V en sus estados alemanes. Caminaba á su lado el cardenal Tavera, que tan justo renombre entonces y mas tarde llegó á adquirir por su cristiano celo y su amor á las artes, é iban camino del convento de Santa María de la Sisa, situado á media legua de Toledo, de cuya ciudad habian salido aquella mañana, pues el emperador deseaba oír los oficios de semana santa bajo las veneradas bóvedas

de dicho santuario. Cerca se hallaban de la fortaleza que dominaba la altura, cuando el emperador mandó al cardenal se volviese á Toledo. A ruegos del celoso eclesiástico continuó todavía en su compañía algunos pasos; pero «llegado en frente del castillo, le dijo otra vez:—»volvedos.—El cardenal con el sombrero en la mano «tornó á hacer instancia para que le dejase pasar de allí. «Entonces dijo el emperador.—Volvedos, arzobispo de «Toledo, é id á besar la mano á la emperatriz.—Apeóse «el cardenal y pidióle la suya por tan grande merced y «favor, y volvióse á la ciudad y el emperador siguió su «camino.—Voló tanto esta nueva, escuchóse con tanta «atención, con tanto aplauso y tan general contento, «que cuando el cardenal fue de vuelta al puente se hundía de campanas y regocijo (1).»

De este modo recibió la investidura de su dignidad el prelado Tavera, que, mas tarde habia de eternizar su memoria con el hospital aun conocido por su nombre; y acontecimiento de tanta importancia verificado al pié de una antigua fortaleza, vino á aumentar los recuerdos históricos que ya encerraba aquel castillo conocido con el nombre de *San Cervantes* desde muy antiguo, nombre en que bien se advierte la corrupción que ha sufrido el primitivo de *San Servando*.

Fundado el memorable monumento, monasterio y fortaleza á un tiempo, por don Alonso VI en el año de 1090, acaso la advocación de *San Servando*, bajo la cual fue erigido, recordaba la gratitud de don Alonso por la manera milagrosa con que en el día 23 de octubre de 1086 habia salvado su vida en la triste derrota de Badajoz. Exento de pechos y tributo; con mero y misto imperio, dilatados territorios y monasterios sufra áneos, gozó el de *San Servando* de todo el favor real, hasta el punto de erigirle, y casi al mismo tiempo, la fortaleza que con él confunde sus recuerdos y su historia. Monges venidos de Sahagun y de Francia alzaron á Dios sus votos por el piadoso fundador, y como era natural bien pronto tuvieron que resistir las invasiones musulmicas, viéndose incendiado á los cuatro años de su existencia por el príncipe almoravide Hiaya, sin que á pesar de ello lograrse destruirlo, ni mucho menos conquistar á la ciudad de Wamba, teniendo que levantar el apretado cerco en que la puso.—Su piadoso monarca reparó bien pronto los estragos que en el monasterio y fortaleza dejara la incendiadora tea del almoravide; y conociendo la importancia de aquella altura tan acertadamente fortificada, encomendó su custodia á fuertes guerreros reemplazando con ellos los pacíficos monges de Cluni.

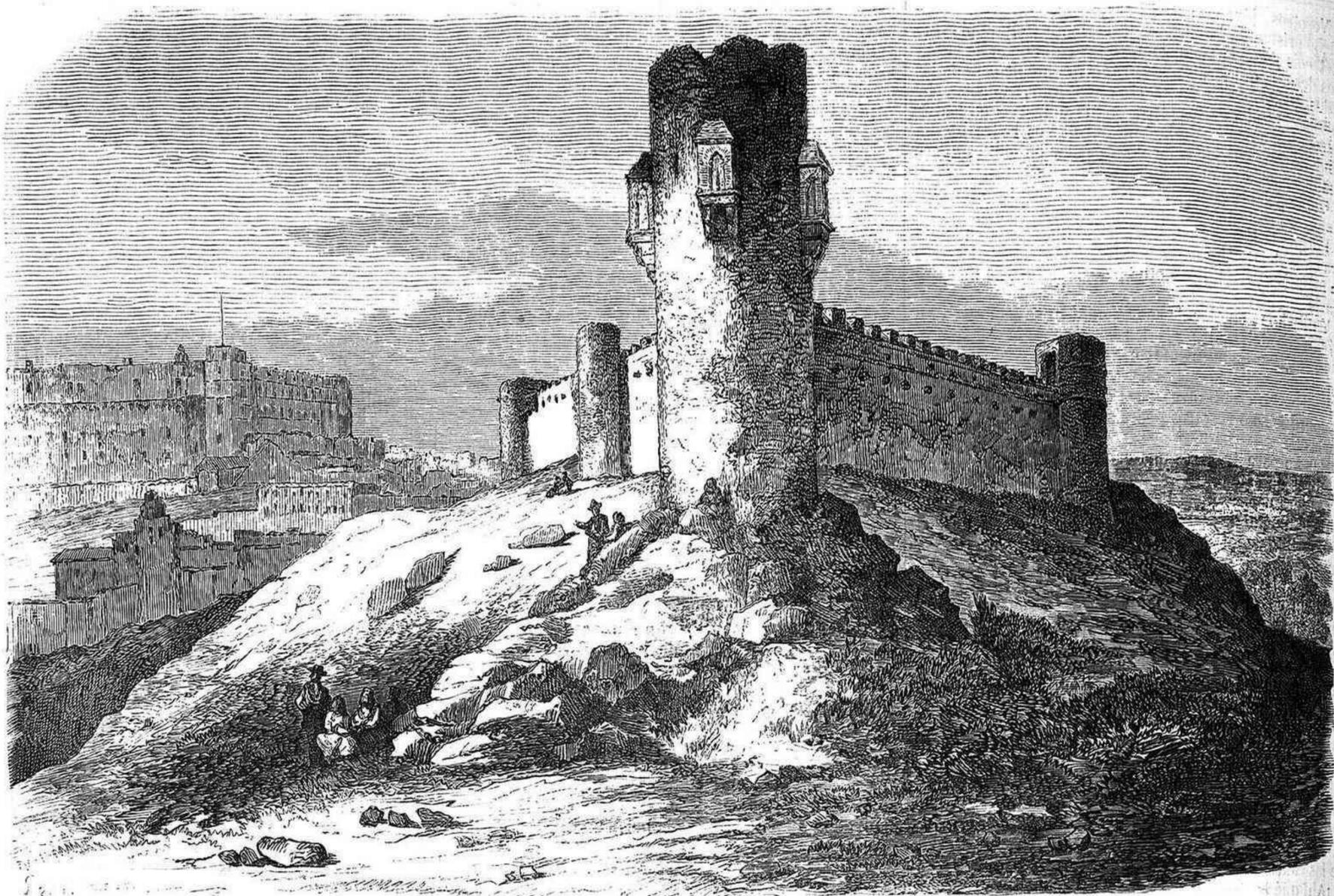
Nuevo ataque sufre la cristiana fortaleza, cuando reinando en Castilla el triunfador Alonso VII, poderoso ejército sarraceno al mando de Alí-ben-jusef, emperador de Marruecos, cayó sobre Toledo, bizarramente defendida por valerosas huestes á las órdenes de Alvar Fañez de Minaya; y como conociera el infiel que la fortaleza de *San Servando*, avanzado centinela de la ciudad, era importantísimo punto para la conquista, puso decidido empeño en reducirla á su dominio. Sus esfuerzos sin embargo fueron vanos. Una y otra y repetidas veces intentan el asalto; los musulmanes siempre son rechazados por la escasa guarnición del castillo, que á cada nuevo ataque de los sarracenos alcanzaban un nuevo triunfo. En vano tambien, imitadores de Hiaya, ponen fuego al monte que rodeaba la fortaleza, para que ya que su valor no podia, el incendio triunfase de los cristianos: inesperada salida de estos, despues de cortar el naciente incendio hace retroceder en confusa derrota á los almoravides, y aunque á la voz de su irritado emperador vuelan todas sus numerosas huestes á el asalto de la fortaleza, sus escasos defensores, verdaderos leones castellanos, hicieron retroceder á todo el ejército de Aben-jusef que, escarmentado con esta última y decisiva derrota, levantó el asedio y desistió del proyectado sitio contra la ciudad. Otra invasión de musulmicas falanges sulre diez años mas tarde el castillo de *San Servando*; y segun el testimonio de las mismas crónicas árabes, resistió con igual denuedo escarmentando duramente á sus atrevidos sitiadores.

Pero en breve el asedio de aquella fortaleza habia de dar motivo á un caballeresco episodio, que prueba bien con cuánta razon escribió Zorrilla, al hablar de los árabes españoles en su oriental poema «Granada», aquellos célebres versos:

«Que siete siglos de su prez testigos
Los dan por caballeros si enemigos.»

Cercaba don Alonso con respetable ejército á la romana Aurelia que, defendida por Alí se veía puesta en grande apuro por los esfuerzos del emperador. Los sarracenos, sin embargo, mandaron bien pronto socorros de hombres y bastimentos á sus hermanos; pero siguiendo los auxiliares el consejo de Alí, marcharon sobre Toledo á la que suponían desprevenida con la ausencia del rey y de sus mejores guerreros. Como siempre, los primeros ataques de los invasores se dirigieron contra el castillo, y combatiéndole con máquinas é incansantes asaltos llegó á tal punto lo fuerte del ataque, que aun cuando no disminuía un solo instante el esfuerzo de sus defensores, vino á verse por tierra una de las principales torres del castillo, amenazando igual suerte á todo el lienzo del lado oriental, por donde se sostenía mas encarnizado el

(1) Mendoza y Salazar.



CASTILLO DE SAN SERVANDO EN TOLEDO.

asedio. Entonces fue cuando el genio y la grandeza de doña Berenguela hizo levantar el sitio sin mas armas que un simple mensaje. Mandó á decir á los sarracenos «que si eran tan valientes como pretendian demostrar, partiesen contra Aurelia en donde los esperaban el emperador y el ejército cristiano: que el hacer guerra á una dueña era poco noble y grandemente ageno de corazones animosos (1).» La misiva produjo su efecto. Tocado en lo mas vivo el pundonor sarraceno, mostraron que bien merecian la fama de galantes caballeros que ya alcanzaban; y bien, segun el cronicon de Alfonso VII, al oír el mensaje de la emperatriz «levantaran los ojos los caudillos y la viebran sentada en el sólio real, y en lugar conveniente sobre una alta torre ó alcázar y vestida como emperatriz, y en torno suyo multitud de dueñas cantando al son de las cítaras, campanillas, alabales y laudes», ó bien no

(1) Amador de los Rios.



EL GENERAL DON GENARO QUESADA.

llegasen á admirarla aunque de lejos sobre los muros de Toledo, ello es lo cierto que segun las palabras del mismo cronicon, despues de recibir el mensaje «se maravillaron y avergonzaron mucho y bajaron sus cabezas y retrocedieron sin hacer daño.»

Nuevos títulos de gloria alcanza la fortaleza de Alonso VI bajo el cuidado de sus nuevos defensores los caballeros del Temple, á cuya guarda y esfuerzo cedió Alonso VIII aquel histórico castillo; y ni una vez sola de las repetidas en que los musulmanes trataron de acometer la osada empresa de reconquistar á Toledo, empezando sus ataques por San Servando, dejaron de volver fuertemente escarmentados por los Templarios.

Pero llegó la hora, doce años apenas corridos del siglo XIV, en que aquella orden militar dejara de existir bajo el adunado esfuerzo del romano Pontífice y del francés monarca Felipe el Hermoso. Estinguida definitivamente, llegó también su decadente período y su época de triste

hub
una
Se l
idola
lo qu
que
estu
cion
mús
galv
amor
mosi
ro q
las i
viol
nota
perd
cont
de la
mis
corre
era l

abandono á el castillo de San Servando. Desamparado completamente, á pesar de sus gloriosos recuerdos, en poco mas de sesenta años vino á quedar casi enteramente destruido, y fue necesaria la enérgica voluntad del arzobispo Tenorio, para que, al cabo de este tiempo, se reedificara por completo, aumentando en extensión, pues el monasterio quedó comprendido dentro de sus muros, si bien perdiendo el carácter del siglo XI en que se edificara el primitivo, y que hoy le constituiría en importantísimo monumento para la historia del arte.

No deja de serlo, sin embargo, pues si no como ejemplo de las edificaciones militares en aquel remoto periodo, aumenta el no escaso número que en Toledo se halla de edificios pertenecientes al estilo mudejar. Sin embargo del completo abandono en que se encuentra siglos hace, la antigua fortaleza, destronada por la pólvora, según la feliz expresión del señor Pidal, aun conserva tres li-

zos de muralla con fuertes torreones y almenas, aspilleras y barba-capas, á pesar del festivo romance de Góngora de que hemos puesto algunos versos al frente de este artículo. Sus cubos, la pequeña puerta chapeada de hierro, formada por un arco de herradura en el lado del Mediodía; los arcos de estalactitas que adornan sus barba-capas, y el grande de herradura que casi destruido se halla al Occidente frontero al renombrado Alcántara, bien corroboran nuestro aserto, así como su pasada importancia las fortísimas bóvedas y dilatadas cuadras, y estensos sótanos que aun subsisten en su interior.—Sepulcros abiertos á pico en la roca sobre que asienta el castillo, bien reuerdan los que en las cercanías de otros de la misma época guardaron el sueño eterno de sus cristianos defensores en los siglos XI y XII; y ya considerado como monumento arqueológico, ya cual gigante aunque destrozado testigo de nuestra pasada grandeza, justifican sus ruinas la exclamación del señor Quadrado

con que nosotros cerramos estas líneas. «¡Mengua para Toledo, si dejara morir de abandono á su glorioso, aunque ya inútil defensor!»

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

ESCENAS DE MI VIDA.

BAILES EN LA ISLA DE PINOS.

(CONTINUACION.)

II.

Habia domiciliado en la isla un joven hortera que estaba enamorado hasta las uñas de una hija del país, envidiada de todas las otras por las lisonjas y obsequios de que era objeto. Nunca, á no haberlo visto por mí mismo,



COMBATE DEL 31 DE ENERO.—LA INFANTERIA ESPAÑOLA CARGA Á LA CABALLERIA ÁRABE. (DE UN CROQUIS.)

hubiera creído que un hortera fuese capaz de concebir una pasión tan ardiente, tan profunda, tan inmensa. Se había propuesto hacerse corresponder de su tirana idolatrada al son de unas castañuelas que no sabía tocar, lo que le convertía en un ente grotesco. Para hacer chascar las castañuelas mientras bailaba, tenía que hacer esfuerzos inauditos, alterar completamente su organización con inconcebibles contorsiones, contraer todos los músculos de su cuerpo, ponerse convulsivo como un galvanizado, como un epilético. Se volvía colorado, amarotado, acardenalado; su cara entera era una equimosis; sacaba tanta lengua como en la cañicula un perro que está cazando y tiene sed. Y nunca conseguía que las indóciles castañuelas se pusiesen de acuerdo con el violín y con el güiro; los sonidos se desbandaban; cada nota andaba por su lado, y naturalmente los danzantes perdían el compás y parecían locos rematados. Hasta las contradanzas quiso el desdichado hortera bailar al son de las castañuelas, lo que hubiera deslucido mucho á mis discípulos, por cuya razón se lo prohibí terminantemente. Mas adelante se dijo en la isla que la niña le correspondió, y él dejó de tocar las castañuelas; pero era la versión mas vulgar y mas generalizada que él

dejó de tocar las castañuelas y la niña le correspondió. Creo lo último; creo que la niña no podía corresponderle sino bajo la condición *sine qua non* de que no tocara las castañuelas. Tocando las castañuelas como él, Abelardo hubiera desenamorado á Eloisa, Petrarca á Laura, Marcilla á Isabel de Segura.

La atmósfera del salón hubiera mellado el cuchillo del que hubiese intentado cortarla.

Daba una idea exacta de los baños de vapor llamados rusos. A pesar de que para refrescarla y renovarla se hallaban abiertas de par en par todas las puertas y ventanas de la casa, y esta, como todas las de la isla, estaba á los cuatro vientos, porque parece que bajo aquel cielo de fuego las casas como los individuos procuran no acercarse mucho para no darse calor, la atmósfera del salón era tibia, pesada, sofocante, y tan espesa y turbia que todos los objetos se veían al traluz de una niebla. Desde que empezaba hasta que concluía el baile, todos los concurrentes, sin una sola excepción y sin distinción de edades ni de sexos, fumaban, y por regla general fumaban puro, de suerte que al bailarse el último fandango todo el suelo se veía sembrado de puntas y colillas, y habían desaparecido de la mesa aquellos enormes pro-

montorios de mazos de cigarros, que reducidos á humo, si no se hubiese tomado la sabia precaución de abrir todas las puertas y ventanas como otras tantas válvulas de seguridad, no hubieran salido del salón, y este hubiera reventado como una granada. No es una exageración; lo dijo un marino acostumbrado á calcular la fuerza expansiva del vapor comprimido. Cuando menos una asfixia era inevitable. Las botellas de aguardiente de caña, marrasquino y anisete habían quedado también desangradas, porque es de rigor en los bailes de la isla pasar una copa llena de licor de una mano á otra y de una á otra boca, y un escanciador negro, que es el mismo que toca el güiro, la va llenando á medida que se vacía. Así es que el baile es tanto mas animado cuanto mas cerca está de su fin, y á medida que se aproxima á este, va tomando un carácter de desconcierto y orgía.

Por la manera especial de vestir de los isleños, un baile como los de la isla de Pinos sería en Europa un baile de trajes. Un sombrero de paja sujeto con una cinta de majagua que se ata debajo de la barba, un pantalon de algodón ó de hilo, generalmente listado, zapatos de becerro, toscos y fuertes como los de caza, y lo que en la isla llaman *blus*, tal es el traje de los

hombres para los días de fiesta y los de trabajo, y les sirve lo mismo para ir al baile que para entregarse á sus ordinarias faenas. Este traje es en todas nuestras Antillas el de los guajiros ó campesinos, y en la isla de Pinos apenas hay mas que guajiros. Yo lo adopté tambien por varias razones: la primera para no singularizarme, teniendo presente la sentencia latina *dum fueris Romæ romano vivito more*; la segunda porque reniego de la complicacion de prendas que tanto tiempo me roba, y que me hace envidiar todos los días la suerte de mi perro y de mi gato que no tienen que vestirse ni desnudarse; la tercera porque el traje que prohibí era mas ligero y fresco que el que llevaba; la cuarta, en fin, porque el traje de los guajiros no requería adiciones sino supresiones en el mio habitual. Sombrero de paja, pantalones de hilo y zapatos de becerro llevaba yo antes de vestirme de guajiro; me bastó por consiguiente ponerme la camisa encima de los pantalones, porque lo que llaman blus los guajiros es ni mas ni menos que una camisa que no le da vergüenza de enseñar sus faldones. Suprimí mi levitín y se acabó la comision.

En cuanto á las isleñas, como no me meto en honduras, no puedo decir si llevan enaguas; pero me parece que las consideran una perisología, una redundancia, un pleonismo, un ripio, y que son en su concepto una superfluidad anti-higiénica incompatible con el clima. La camisa se la supongo, como se dice del valor en la hoja de servicios de ciertos generales. Por lo demás, el vestido es un vestido ligerísimo, el indispensablemente necesario para no andar desnudas; es una concesion pequenísima arrancada al calor por aquel rubor nativo que hizo buscar á Eva una hoja de higuera; es, en fin, una bata de muselina, blanca, amarilla ó azul celeste, liviana como la espuma, y en su corte absolutamente igual al de las hijas de la península. El peinado tampoco se diferencia del de estas, y sigue sus mismas vicisitudes, solo que en las noches de baile algunas se ponen en la cabeza, en lugar de flores, cocuyos sujetos por el coselete con una imperceptible hebra de seda. Los cocuyos despiden una luz azulada que rivaliza ventajosamente con la del mas precioso diamante, porque este no lleva como aquellos la luz en sí propio, sino que se limita á reflejarla. El diamante en la oscuridad no brilla. De él al cocuyo hay la misma diferencia que de la luna al sol, que de una traducción á una obra original. El cocuyo, á mas de brillar, alumbraba, y brilla y alumbraba sin auxilio ajenó. La luz del diamante, como la de la luna, es obra de dos ingenios.

Los cocuyos despidiendo sus indecisos fulgores entre la niebla que forma el humo, dan á los bailes de Pinos un carácter fantástico.

Las blancas no gastan abanico. El abanicarse es hacer algo, y las americanas no hacen nada, como no sean versos, lo que tampoco es hacer mucho. El calor produce en ellas el mismo efecto que el frio en las marmotas. Lánguidas, inactivas, caídas, necesitan llamar á las negras para que las hagan aire, y en los bailes, en que las negras no entran, se encargan de sus funciones los amadores de sus amas, lo que parece muy lógico, porque al fin y al cabo los hombres que aman son tambien esclavos. Así es que las blancas en los bailes no llevan abanicos; pero sus amantes las abanicaban con una ancha hoja de fresco y verde guano.

No busqueis ninguna relacion íntima ni lejana entre los piés de los guajiros y las medias ó calcetines. Tampoco, por regla general, llevan medias las mujeres ni aun en los bailes. Algunas, sin embargo, se permiten ponerse medias caladas de seda, blancas, negras ó de color de carne, medias vergonzantes, que no se atreven á manifestarse, que se confunden con el tegumento y que apenas bastan á cubrir las apariencias.

En los bailes de Pinos, como en los de todas partes, hay, en concepto de los hombres, mas hombres que mujeres, lo que nada tiene de particular si se atiende á que los hombres no cuentan nunca entre las mujeres á las viejas y á que á ellos les parecen ellas siempre pocas y ellos á sí mismos se parecen siempre demasiados. En todos los puntos en que se reúnen hombres y mujeres, cada hombre suprimiría, si pudiese, á los otros. Oí decir á un filósofo:—¡Qué gusto si se muriesen en el acto todos los hombres menos yo, para quedar yo solo en el mundo con todas las mujeres!—Eso es poco, contestó otro que era mas filósofo aun; lo que yo quisiera es que las mujeres se quedasen mujeres, y que ademas se volviesen mujeres todos los hombres menos yo.

Pero no solo en apariencia, sino tambien en realidad, el sexo llamado fuerte era en los bailes de la isla de Pinos preponderante. Por lo mismo las pobres niñas tenían todas que estar bailando, sin descansar un solo instante, desde el principio hasta la conclusion de la fiesta, al paso que muchos danzarines frenéticos se hubieran quedado en ayunas, condenados al suplicio de Tántalo, si desde tiempo inmemorial no se hubiese introducido la costumbre de relevarse los hombres los unos á los otros, bastando al efecto que el que quiere bailar se interponga entre el que está bailando y su pareja. El que está bailando se retira al momento, algunas veces de buen grado, otras echando una maldición al sustituto que le ha interrumpido tal vez en el exordio de una declaración amorosa, tal vez en lo mas fuerte de su estro, de su inspiración coreográfica. Nadie, cuando el caso llega, puede resistirse á que se le releve, aunque su

pareja sea su propia mujer, que es la mas inalienable é intrasmisible de las propiedades; pero en cambio nadie puede tampoco abandonar su puesto de honor hasta que llegue el relevo. Ha de saber morir, si es necesario, en el ejercicio de sus funciones, en el cumplimiento de sus deberes, como un médico en una epidemia.

Por la exorbitancia numérica de sexo feo ha de haber necesariamente mientras se baila un número de simples espectadores ú ociosos, los cuales, cuando no se meten en un chiribitil para jugar al tresillo á dos reales el tanto, ó aventurar unas cuantas peluconas á la treinta y una, al monte ó al burro americano, matan el tiempo *colgando prendas*, reintegrables no *sine conditione*, á las danzarinas que les merecen la preferencia. Cuál pone su sombrero en la cabeza de una de ellas; cuál del hombro de otra cuelga su pañuelo; cuál ciñe el cuerpo de otra con el tahalí de su machete. Concluido el fandango ó el zapateado, las favorecidas buscan al dueño de la prenda, delante del cual dan bailando un par de vueltas, y se la restituyen, no sin haber antes recibido una moneda que ha de ser por lo menos medio real de América. Yo ignoraba esta última circunstancia y me costó caro el aprendizaje. Noté que las que mas prendas obtenían eran las mas bellas, y que con su gesto revelaban todas cierto sentimiento de vanidad ó de amor propio satisfecho. De estas dos observaciones deduje que las prendas eran una manifestación de amor, ó al menos un piropo ó prueba de galantería, y tuve lástima á una desgraciada que no había obtenido ninguna. Era una vieja verde, que identificándose demasiado con las reminiscencias de su juventud, bailaba con toda la fe y entusiasmo de sus mejores años. Su vanidad estaba herida; lo conocí en sus ojos suplicantes que me miraban como los de un mendigo á un capitalista, y atribuí su desconsuelo al abandono en que se la dejaba, pues nadie absolutamente se acordaba de ella para nada, ni le hacia el menor caso. Me quité el sombrero y se lo puse, mientras se estaba bailando un zapateado, y la ví reanimarse al momento, tomar espansion, pasar de muerte á vida; mi sombrero fue como el aceite que hace revivir á una lámpara moribunda. Concluido el zapateado, se me colocó delante bailando, y sus miradas, que pasaron de la súplica á la provocación, como si quisieran infundirme aliento, me hicieron sospechar que había tomado mi arranque de filantropía por un sentimiento muy diferente. Su mirada me pesaba, me aplastaba; en aquel momento hubiera querido anularme, sepultarme bajo tierra, y deseando quitármela de delante, pregunté lo que debía hacer en semejante apuro á un guajiro que tenía al lado, y el guajiro me dijo que tenía que entregar á la remilgada vieja una moneda para rescatar mi sombrero. Para librarme de ella hubiera hecho testamento á favor suyo de cuanto poseía y podía poseer en lo sucesivo. Mi moneda mas pequeña era una pieza de dos reales americanos, y se la di sin vacilar, y ella, que lo reducía todo á sustancia, que había tomado por amor mi piedad, tomó tambien por amor mi esplendor forzosa. Necesité combatir con todas las armas del desien, llevado hasta la grosería, aquel fuego que brotaba entre cenizas, aquella pasión naciente de una ex-mujer, que abusando sin duda de mi triste posición de desterrado, quiso explotar mi desventura, creyó que me sometería al refrán que nos enseña que en tiempo de hambre no hay pan duro, y me consideré capaz del inaudito crimen de corresponder á sus amorosas ansias. ¡Cuán mal me juzgaba! al pasar á América me dejó el corazón en España, donde tenía quien me lo guardase.

El cha-co fue solemne. Juré desde entonces tener para toda vieja que baila un corazón de piedra. No se puede ser bueno en este mundo.

El comandante de la isla, teniente coronel, que ejercía una autoridad absoluta, tenía mandado que el baile no durase mas que hasta las once, hora en que los vapores licorosos habían alegrado todos los ánimos, exaltado todas las imaginaciones, turbado todos los entendimientos, soldado todas las lenguas. La orden del comandante no era obedecida. Por delegación suya, un ordenanza, armado de un farol á guisa de sereno, se presentaba á disolver la asamblea. Uno de mis compañeros de peregrinación, que pasaba todo el día leyendo la *Historia de la Revolución francesa* por Mr. Thiers, y que la sabía casi de memoria, como los revolucionarios franceses la de la república de Roma, había tomado por modelos á todos los personajes de aquel terrible drama, y hacía todo lo posible para imitarlos, tomando la ocasión por los cabellos. La presencia del ordenanza inspiraba á los hijos del país, acostumbrados á una obediencia pasiva, cierto respeto que se manifestaba por un silencio pavoroso y solemne como el que se nota en un charco que atronaban las ranas con sus graznidos cuando se arroja al agua una gran piedra, y entonces el parodiador de todos los grandes revolucionarios, creyéndose un Mirabeau y haciendo un Brezé del ordenanza, salía á este al encuentro y le decía con mucha prosopopeya, «Esclavo, dí á tu amo que estamos aquí reunidos por la voluntad del pueblo, y que solo el pueblo puede separarnos.»

El ordenanza se marchaba y el baile seguía.

Cinco minutos despues se presentaba el comandante en persona, precedido del mismo ordenanza y á la cabeza de seis soldados y un cabo, á quienes al llegar á la puerta mandaba armar bayoneta. En las noches de baile, toda

la guarnición, que constaba de unos cien hombres, estaba sobre las armas.—«¿Está acaso Catilina á vuestras puertas?»—preguntaba el parodiador de todos los revolucionarios, y despues de protestar contra aquel acto de violencia, contra aquel ataque á la autonomía de nuestras piernas, contra aquella violación del derecho, contra aquella caricatura del 18 brumario, se retiraba tranquilo como el que ha cumplido con su deber, y mingo inmediato en que se reproducían *mutatis mutandis* las mismas escenas.

(Se continuará.)

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

RECUERDOS DE UN MEDICO INGLES

EN MARRUECOS.

(1789-1790).

(CONTINUACION).

El príncipe llevaba en su compañía al capitán Jwing, hombre instruido y de ameno trato, que había ejercido la medicina antes de encargarse de la dirección de un buque. Despues de haberse estrellado este en las costas marroquíes, dicho capitán logró salvarse con toda su tripulación, y aun poner en tierra agua y algunas provisiones, con la esperanza de llegar á Santa Cruz ó Mogador, pero cayeron en poder de los árabes nómades armados de puñales y mazas, que les hicieron sufrir todo género de malos tratamientos, y que, despues de haberles despojado hasta de los vestidos, se repartieron entre sí sus prisioneros, que experimentaron casi increíbles trabajos.

Muley-Absulem, al asegurar de nuevo á Lemprières que sus compatriotas regresarian en breve á Inglaterra, le participó que, como se preparaba á trasladarse pronto á la Meca, él podría seguirle hasta Salé, donde le haría dar una escolta que le acompañase hasta Tánger. Sin embargo, habiendo sabido el médico que el príncipe hacía preparativos de marcha, se apresuró á presentarsele, para reclamar el cumplimiento de su promesa; pero no fue recibido por él y se vió despedido hasta el día siguiente. Llegó este, y habiendo vuelto á presentarse al amanecer, supo que su enfermo iba á partir una hora despues, y que sus bagajes estaban ya dispuestos. En vano trató de ver al príncipe, quien para librarse de él mandó le entregasen seis *rixdales*, haciéndole decir que solo el emperador podía otorgarle el permiso de regresar á su patria.

Júzguese del desconsuelo del doctor, al verse declarado cautivo con semejante respuesta. A fin de calmarle, Muley-Absulem le envió dos *rixdales* mas, mandándole que se retirase, é invitándole á que se avistase con uno de los secretarios del emperador, cuyo nombre le dió. Lemprières, lejos de desalentarse, le esperó al paso; pero el príncipe, al verle, montó con gran lijereza á caballo y salió á escape tendido, sin hablar á nadie.

Vemos, pues, á Lemprières reducido á implorar su libertad, como una merced, de un monarca bárbaro y vengativo, en premio de sus desvelos y de la salud que había devuelto á su hijo predilecto. Vémosle poniendo su ingenio en tortura para abandonar aquel inhospitalario país. Lo primero que le ocurrió fue dar noticia de su situación al cónsul inglés de Tánger; luego escribió una respetuosa carta al emperador, sin cuya licencia los extranjeros que le han sido presentados no pueden salir de Marruecos; y conforme á los usos del país, hizo enviar su carta dentro de un pañuelo de seda, por medio de uno de los hijos de Sidi-Mahomet, haciéndole un regalo, y el príncipe se encargó del asunto aparentando interesarse en él; pero todo esto fue trabajo perdido, porque aquel príncipe, tan falso y solapado como los demás, no volvió á ocuparse de semejante negocio. Lemprières prodigó entonces los regalos á los agentes del gobierno, pero no fue mas venturoso; bien hubiera querido que se recordase á todas horas la solicitud de su libertad al emperador; pero las facultades de este estaban debilitadas de tal manera, que al cabo de una hora no se acordaba de las peticiones que se le habían presentado, siendo forzoso, por lo tanto, refrescar á cada paso su memoria, siempre que se recurria á él.

Los cautivos ingleses de quienes se ha hablado, fueron mas felices que el doctor, pues pocos días despues de la partida de Muley-Absulem, fueron enviados á Inglaterra. Esto privó á Lemprières de la compañía del capitán Jwing, que era su único consuelo. Confinado en el barrio de los judíos, del que no se atrevía á salir, temiendo verse acometido por las injurias de un pueblo brutal y fanático, hubo de resignarse con la existencia mas triste que es posible imaginar.

Durante este verdadero cautiverio, Lemprières escribió los siguientes detalles acerca de los usos y costumbres de los moros de su tiempo:

«Los moros marroquíes descienden de los moros y turcos, ó de los negros llevados al país por los emperadores. El color de su tez es de un blanco sucio, un

tante de lo
de lo
»L
Mule
que
lient
esta
dos c
los p
tiem
estas
tos á
de la
fiaba
lidad
»M
partic
ocup
con n
europ
ciert
se les
cultu
idolá
pront
»S
de las
de los
dad d
sino l
»E
sus bi
ro, q
esto,
y no
para p
todas
zas, n
y se l
parte
tigar
oculta
mulad
»Sin
pueblo
intelig
escept
»Lo
licos,
es pres
Su hab
en las
de adm
tan á l
mente
bilidad
puesto
muestra
duros
rastrer
rien, s
satisfa
barba,
»La
de sem
gan imp
para sic
vidado
en su c
acampa
primer
que le
alguna
tituyó á
su bolsi
»La p
tico gob
La may
marroq
son casi
curre á
hablan
»Y no
algunos
perior á
el embr
conocim
descono
los moro
latria q
propusio
»Por
pes mor
miciativ
les entra
adecuad
naciones
seles de
ellos, pa
y que le
cios que
nen muy

tanto aceitinado. Los niños procedentes de la mezcla de los indígenas con la raza negra, eran casi negros.

»Los negros, introducidos en Marruecos en tiempo de Muley-Ismael, eran entonces mucho menos numerosos que en el día. Mejor formados que los moros, mas valientes y activos, se dedicaban mas especialmente, por esta causa, al servicio militar, siendo excelentes soldados cuando sus jefes sabian inspirarles confianza y atraerlos por la firmeza y energía de su carácter, al mismo tiempo que por su generosidad. Pero si les faltaban estas cualidades, sus soldados estaban siempre dispuestos á abandonarles ó á entregarles al enemigo. El mando de las ciudades y el gobierno de las provincias se confiaban por el emperador á negros de reconocida fidelidad.

»Muchos esclavos negros estaban al servicio de los particulares, quienes les hacian cultivar sus jardines y ocuparse en los quehaceres domésticos, siendo tratados con mucha mas dulzura y humanidad que en las colonias europeas; permitiéndoseles casarse entre sí, y al cabo de cierto tiempo se les restituía la libertad, en cuyo caso se les instruía en la religion mahometana que sin dificultad adoptaban, si bien conservaban las supersticiones idólatricas en que habian sido criados, y adoptaban muy pronto los usos y costumbres morunas.

»Solo los judíos conservaban entre ellos las tradiciones de las ciencias y artes de Europa, y hasta se ocupaban de los negocios de los moros, á causa de la poca idoneidad de estos para arreglarlos. Los moros no conocian ya sino los oficios mecánicos de los pueblos primitivos.

»El temor de pasar por ricos y verse despojados de sus bienes, hubiera debido hacerles despreciar el dinero, que era para ellos un continuo motivo de sobresalto; esto, no obstante, empleaban todos los medios posibles y no retrocedian ante privacion alguna moral ó física, para procurárselo, y hacian de él su dios. Sin embargo, todas sus esquisitas precauciones para ocultar sus riquezas, no evitaban que los bachas tuviesen noticia de ellas y se las arrebatasen; y el emperador, que tenia buena parte en estas exacciones, guardábase muy bien de castigar la rapacidad de sus agentes. Esta necesidad de ocultar sus acciones, hacia á los moros falsos y disimulados.

»Sin embargo, algunos hubieran hecho honor á los pueblos civilizados, por sus virtudes privadas y por su inteligencia. Pero por desgracia, esto era una rarísima escepcion.

»Los moros, dice Lamprieres, son graves y melancólicos, y las protestas de amistad les cuestan poco, pero es preciso desconfiar de sus siempre volubles afecciones. Su habitual pereza les quita hasta el deseo de instruirse en las ciencias, y embota en su ánimo ese sentimiento de admiracion que hasta los pueblos salvajes experimentan á la vista de lo que hiere su imaginacion. Son igualmente impasibles al placer y al dolor; pero esta impasibilidad es mas debida á su indolencia que á su energía, puesto que cuando se ven amenazados de algun castigo muestran la mayor cobardía, y como todos los hombres duros é insensibles para con sus inferiores, son bajos y rastreros respecto de sus superiores. Si alguna vez sonrien, su alegría es poco expansiva, y la mayor prueba de satisfaccion que saben dar, es pasarse la mano por la barba, sentados sobre los talones.

»La probidad de los moros es la que puede esperarse de semejante pueblo; los mas ricos mercaderes se entregan impunemente entre ellos á estafas que deshonorarian para siempre á un comerciante europeo. Habiendo convidado un día el cónsul inglés de Tánger á tomar el té en su casa, al general en jefe del ejército marroquí, acampado en las inmediaciones de aquella ciudad, y á su primer ayudante de campo, vió, cuando se marcharon, que le faltaba una cuchara. El cónsul no tuvo reparo alguno en reclamarla al general en jefe, quien se la restituyó desde luego, protestando que la habia metido en su bolsillo inadvertidamente.

»La prensa está proscribida del Imperio, pues su despótico gobierno no haria el menor caso de sus discusiones. La mayor parte de los manuscritos preciosos de los marroquíes se han perdido, y los tratados de astrologia son casi los únicos que se han conservado, porque se recurre á ellos algunas veces, como tambien á los que hablan de astronomía y medicina.

»Y no obstante, si un día, en el trascurso tal vez de algunos siglos, un príncipe inteligente, ilustrado y superior á las preocupaciones dominantes, quisiese sacudir el embrutecimiento de este pueblo, elevarlo hasta el conocimiento de las ciencias y hacerle entrar en vias desconocidas para él, nada quizá seria mas fácil, pues los moros miran á sus soberanos con una especie de idolatría que les haria adoptar á ciegas todo lo que estos le propusiesen.

»Por desgracia, la educacion que reciben los príncipes moros no es á propósito para inspirarles esta gran iniciativa y procurarles las luces necesarias para hacerles entrar en la senda del progreso, pues únicamente es adecuada para desarrollar en su alma las viciosas inclinaciones de los esclavos entre quienes se educan. Sacándose del harem á la edad en que las pasiones nacen en ellos, para confiarlos á un negro favorito del emperador, y que les imbuye rápidamente todos los defectos y vicios que la esclavitud ha engendrado en él. Así, no tienen muy pronto mas objeto que entregarse á todos los

excesos de la disipacion y del libertinage. Apenas saben leer y escribir, y solo conocen del mundo lo que puede procurarles la corrompida atmósfera en que viven, ó la peregrinacion que hacen á la Meca. Desconocen por completo la historia de los gobiernos estraños, y no saben de ella sino la parte peor, y esto para respetarla mas. Ignoran las producciones y las necesidades de su país, y las mejoras que al paso que aumentan la gloria del soberano, podrian asegurar la prosperidad de su pueblo. ¿Deberá causar estrañeza el que lleven al trono una increíble ignorancia, la aficion desordenada á los placeres y el mas profundo desprecio á sus vasallos, á quienes consideran como á seres de condicion muy inferior á la suya; é indignos de su bondad y conmisericordia?

»Si los moros observasen estrictamente la ley del Profeta, pudiera, á lo menos, elogiarse en ellos el aseo; pero no sucede así, puesto que siempre se les ve en extremo sucios, á pesar de las numerosas abluciones que les prescribe el Alcoran. Casi nunca se lavan los vestidos, y no obstante, cuidan bastante de la limpieza de sus casas, en las que no entran sin descalzarse antes, y no hacen suciedad alguna; pero en cambio arrojan todas sus inmundicias á la calle, de donde nunca las retiran; así, pues, llegan á acumularse en ellas en tal cantidad, que el suelo se encuentra bastante alto para que los nuevos edificios estén mucho mas bajos que los antiguos.

»La demasiada holgura de su traje no permite hacer formar una idea esacta de sus proporciones; no obstante, parecen mas bien altos que bajos, y mas delgados que gruesos. Son pálidos en los países del Norte, y mas atezados hácia el Mediodía; tienen las facciones pronunciadas, la nariz aguileña, los ojos negros y grandes, y hermosa dentadura.

»Una camisa muy corta con anchas mangas, unos calzoncillos blancos de tela, sobre los que llevan un pantalon que les baja hasta el tobillo, constituyen las principales prendas de su vestido. Sobre la camisa llevan dos ó tres chalecos de géneros europeos, con muchos botones pequeños; un cinturón de seda rodea su talle, y un cordón de terciopelo les sirve de tahali, del cual pende al lado izquierdo un sable corvo ó un cuchillo cuya vaina es de cobre. El *haick* que cumplidamente les cubre, completa su traje.

»Solo los que han hecho la peregrinacion á la Meca, tienen el derecho de llevar turbante, pues la consideracion de que se les rodea es tal, que se estiene hasta los animales que les han conducido á la ciudad santa, y quedan esentos de todo trabajo mientras viven. Los moros que no han hecho esta peregrinacion, usan gorros que por lo regular son encarnados; rápanse la cabeza, á escepcion de un pequeño mechón de pelo que en la parte superior de ella se dejan, y llevan toda la barba.

»Las medias y los zapatos son para ellos objetos desconocidos; pero gastan unas babuchas de piel amarilla, muy cómodas; de su cintura pende una especie de rosario, sus dedos están cubiertos de sortijas, y aunque usan relojes, no es para saber la hora, pues les importa poco que sean ó no exactos, con tal que sean una alhaja de valor.

»El pueblo va mucho mas sencillamente vestido: una camisa, un pantalon de tela comun, un chaleco, y á veces un grosero *haick* constituyen su traje. En cuanto á los pobres, llevan una especie de sayal ceñido con una correa y un mal *haick*, cuando pueden procurárselo.

»Si el tiempo es frio ó lluvioso, los moros ricos reemplazan el *haick* con el *salam*, manto muy ancho azul ó blanco, que baja hasta los talones y termina en un capuchón.

»Vistas á cierta distancia, las casas de las ciudades parecen sepulcros; solo tienen cuarto bajo y son muy blancas; su puerta es mezquina, y sus techos bajos forman terraplenes á los que las mujeres suben á tomar el fresco, y por los que se podria, si se quisiese, andar toda una calle, sin bajar á ella.

»Cuando hay que visitar á un moro, se entra en una sala que está delante del patio, y en la que es preciso detenerse para que el dueño pueda encerrar su mujeres. Hecho esto, se entra en las habitaciones, atravesando el patio; las de las mujeres dan á este, y como no tienen ventanas, solo por la puerta reciben la luz; encima de las puertas hay esculturas que no carecen de originalidad. En el patio están los hornos que sirven de cocina, y en las alcobas no hay chimeneas.

»El dueño recibe al que le visita con las piernas cruzadas sobre cojines de tela muy fina, sobre los que se tiende muellemente, fumando en su pipa; estos cojines están sobre una estera de junco. Algunos tapices de poco precio, algun reloj de pared, pieles de tigre ó leon, por alfombra, camas de caoba con uno ó dos colchones, cubiertas de tela blanca, que nunca se usan, y solo sirven como muebles de adorno en los cuatro ángulos de la habitacion: hé aquí el mayor lujo en un salon moruno.

»La urbanidad marroquí prescribe que se sirva el té á la persona que hace la visita, sea cual fuere la hora; este obsequio se le dispensa sobre una mesa de piés muy cortos, y el té está mezclado con hojas de menta y tanaçeto, en unas tacitas de hermosa porcelana de Indias. La escasa cantidad de té que se sirve, prueba la estimacion en que se tiene esta sustancia, tan escasa como cara en

Berbería, y que solo los ricos pueden procurarse. Sirvese sin leche, pero se le agregan algunos dulces secos.

»Si el té es un regalo para los moros, aun es mucho mayor su placer en fumar en pipas de cubeta de tierra cocida, y generalmente de cuatro piés de longitud. Las del emperador y los príncipes tienen la cubeta de oro macizo. Tienen tambien una aficion estremada al opio; pero como son excesivos los derechos afectos á su importacion, lo reemplazan con el *achicha* (el hachich) del que hacen una infusion en agua, y les ocasiona una embriaguez durante la cual experimentan, segun dicen, las mas deliciosas sensaciones. Sino tienen *achicha*, mezclan con su tabaco una yerba llamada *khaf*, cuyo humo les produce un efecto análogo. Sabido es que el Alcoran les prohíbe el uso del vino y los licores espirituosos; pero hay pocos moros que no infrinjan sus preceptos en este punto, cuando se les presenta la ocasion.

»Las horas de sus comidas están esactamente determinadas: se desayunan al amanecer, pero los hombres no comen en compañía de las mujeres, y los niños son relegados á la mesa de los criados, siendo tratados en esto, como en otras muchas cosas, casi como los esclavos.

»Los pobres cuecen su alimento en una olla de barro y lo toman en una fuente de madera, formando corro alrededor con las piernas cruzadas, despues de lavarse las manos: á este efecto un criado presenta el agua en las casas ricas. En seguida, acometen vigorosamente con los dedos, que sirven á la vez de cuchillo, tenedor y cuchara, á lo que hay en la fuente. La comida se hace á mediodía, pero el pueblo no come mas que alucuz, del que cada cual toma á puñados lo que necesita, y es muy comun que tres ó cuatro manos destrocen simultáneamente un pedazo de carne. La tercera refaccion, que es la mejor, se hace al ponerse el sol. Por lo que respecta á los mendigos, estos se acuestan en las calles, y viven de pan y algunas frutas.

»Hay en Marruecos una clase de hombres cuya existencia es aun mas miserable que la de los mendigos haraganes, y estos hombres son los correos del Imperio. Despues de dormir algunas horas sobre el suelo, emprenden viajes de trescientas ó cuatrocientas millas, sin mas alimento que un poco de pan, algunos higos y agua, para llevar, solo Dios sabe porque países, los despachos á los gobernadores de las provincias y la correspondencia particular; en el camino duermen á la sombra de los árboles. A pesar de esto, desempeñan tan penoso cargo con la mayor exactitud, en todas las estaciones del año, viajando cuatro millas por hora, trepando por senderos inaccesibles al caballo mas seguro, y haciendo algunas veces en seis dias el trayecto de Marruecos á Tánger, esto es, trescientas cincuenta millas. En todas las ciudades hay estos correos.

»El pueblo va á pié, pero todo el que puede procurarse un caballo ó una mula, deja de servirse de sus piernas. Los moros acomodados prefieren las mulas á los caballos, y si son de buen paso, son para ellos un verdadero lujo y una gran magnificencia; los numerosos criados atestiguan ademas la opulencia de su dueño.

»Los moros se acuestan sobre un sencillo colchon, ó sobre una estera.

»En cumplimiento de la ley del Profeta, no tienen pinturas en sus habitaciones, si bien alguna vez infringen tambien este precepto, y ocultan algun cuadro á sus compatriotas.

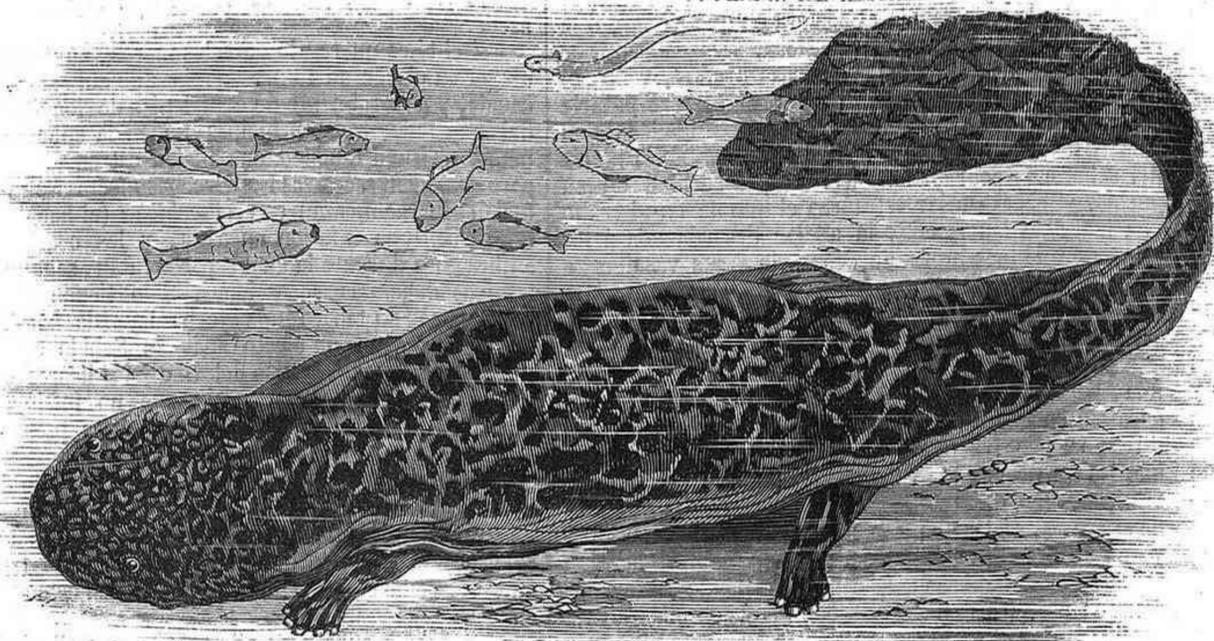
»Siendo muy grande su repugnancia á recibir en sus casas á los estranjeros, los reciben siempre que pueden lejos del recinto ocupado por sus mujeres, á cuyo fin estienden delante de su puerta una hermosa estera, sobre la cual esperan tranquilamente con las piernas cruzadas á los que les visitan, quienes se sientan en su derredor, y ellos les hacen servir por sus esclavos, té y pipas. Es frecuente ver en las calles muchos de estos grupos en animada conversacion; algunos se entretienen en un juego que se parece un poco á nuestro ajedrez, pero menos interesante, al paso que otros fuman mirando á los transeuntes.

»Los moros gustan tan poco de estar en pié, que si se encuentran dos ó tres, se sientan en la forma acostumbrada en cualquier sitio, para hablar á su placer.

»Cuando dos moros de una misma condicion se encuentran, se saludan sacudiéndose vigorosamente la mano. Los hombres del pueblo cuando saludan á una persona de elevada gerarquía, le besan los piés; si es un militar de alta graduacion, ó un gobernador de provincia, le besan la estremidad de la manga. Para saludar al emperador y los príncipes, es preciso arrodillarse y descubrirse la cabeza. Dos parientes ó amigos que se ven despues de una larga ausencia, se abrazan como los europeos, se besan el rostro y la barba, haciéndose á la vez mil preguntas.

»Los sucesos del día, algunas cuestiones religiosas, las mujeres y los caballos son el obligado asunto de la conversacion de los moros; pero de las mujeres hablan con la mas repugnante grosería y cinismo.

»Los *taleb*s ó letrados, orgullosos con su ciencia, que los hace muy superiores, á sus propios ojos, al vulgo, ciencia que en suma se reduce á saber leer y escribir, hablan especialmente de materias religiosas.



LA SALAMANDRA GIGANTESCA DEL JAPON.

Si los caballos son un objeto preferente de la conversacion de los moros, lo son tambien en su vida privada, y no experimentan menos placer en ocuparse de ellos que los *gentlemen* ingleses. Pero conocida la dureza del carácter de los moros, no deberi causar estrañeza alguna el que, á pesar de su gran aficion á los caballos, los maltratan con frecuencia.

Hay un género de carrera de caballos que escita hasta el delirio el entusiasmo de los marroquíes. Un gran número de ginetes se reúnen y salen á la vez para llegar á un punto convenido. Cuando ya están cerca de él, sujetan las riendas con los dientes, levántanse sobre los estribos y cada uno dispara su espingarda, y luego, bajando esta, detienen los caballos con su acostumbrada rapidez; el escuadrón de caballería mejor ejercitado, no obedecería con mas precision la voz de su comandante.

Apesar del estado de barbarie en que han caido, los moros son muy aficionados á la música; pero sus cantos lánguidos y monótonos carecen de encanto, y algunos, sin embargo, se asemejan algo á las melodias escocesas.

Tambien la poesía les complace y el amor es su eterno tema; cosa estraña en un pueblo en que el amor no es sino la mera satisfaccion de los apetitos sensuales; por lo demás, si la música moruna es mala, su poesía es peor. Sus instrumentos favoritos son, entre otros muy sencillos, el bandolin, la flauta, el violin de dos cuerdas, el tambor turco y el tamboril, cuyos sonidos, acompañados de descargas hechas por su caballería é infantería, anuncian los festejos públicos; los saltimbanquis, los charlatanes y los titiriteros, constituyen el principal interés de estos. Hay en las ciudades escuelas á cargo de los *taleb*s, en las que se enseña á leer, escribir y alguna vez á calcular; pero los ricos apenas envian á ellas sus hijos. El saber leer algunos versículos árabes del Alcoran, constituye toda la instruccion de la clase media.

Los moros siguen la ley de Mahoma con el mas supersticioso fanatismo, y el extranjero que penetra en una mezquita, ha de optar, para espiar su profanacion, entre la muerte ó la conversion á la secta musulmana. Esto no obstante, las puertas de las mezquitas están abiertas todo el dia.

Las mezquitas son unos vastos edificios cuadrados, con un patio rodeado de grandes pórticos, por los cuales corre un arroyuelo formado por una fuente, en la que los fieles practican sus abluciones. El suelo cubierto de ladrillos blancos y azules, dispuestos como un tablero de damas, hacen bastante pintorescos esos pórticos; y los moros se arrodillan para orar, sobre las esteras que cubren el pavimento.

El sacerdote ó *taleb* se sitúa detrás de una especie de pupitre en frente de los fieles, y desde allí recita los versículos del Alcoran. Los moros entran descalzos en sus mezquitas.

Los *taleb*s suben al minarete, que equivale á nuestros campanarios, y desde él llaman con voz robusta al pueblo, para que acuda á cumplir sus deberes religiosos, para lo cual izan tambien una bandera blanca. Al final de cada frase, su voz espira gradualmente, como el sonido de una campana. Al ver la bandera, los moros suspenden sus trabajos y se trasladan presurosos á la mezquita mas cercana; pero si está esta muy distante, permanecen donde se hallan, vuélvense hácia la Meca, y recitan sus oraciones, que consisten en la triple repeticion de un capítulo del Alcoran, acompañada de dos genuflexiones, y levantando muchas veces las manos sobre la cabeza.

El viernes corresponde, entre los moros, á nuestro domingo, y las oraciones empiezan la víspera á las seis de la tarde. Este dia, la bandera blanca se sustituye con

otra azul, en todas las mezquitas; las puertas de la ciudad y las del palacio imperial, están cerradas durante el cumplimiento de las prácticas religiosas. Esto se hace para que el pueblo no se vea sorprendido por el enemigo, mientras se e trega á ellas, pues el imperio, segun las tradiciones del Profeta, se ha puesto en gran peligro por los cristianos en ese dia consagrado á la oracion.

En tres épocas del año los moros se preparan por medio de la abstinencia, á las fiestas religiosas solemnes, la primera de las cuales fue instituida en honor del nacimiento de Mahoma, y dura siete dias; la segunda conmemora la fiesta de Mahoma en la Meca, y la precede un ayuno ó cuaresma de treinta dias, durante la cual está prohibido comer carne, desde la salida hasta el ocaso del sol; y la tercera, que dura un dia, fue instituida por el Profeta, para que sus fieles examinando el estado de su hacienda, den el diezmo de ella á los pobres, ó lo empleen en buenas obras.

Los moros han adoptado los meses lunares para el cómputo del tiempo; su semana empieza el domingo, y los dias se cuentan como entre nosotros.

La religion musulmana permite á los creyentes tener cuatro esposas y cuatro concubinas; pero solo los ricos pueden aprovecharse de esta tolerancia.

Los moros se casan muy jóvenes, y no es raro hallar muchachas de doce años ya casadas. Los padres de los futuros esposos, son los que arreglan el casamiento antes que aquellos se conozcan, pues se ven por primera vez al unirse irrevocablemente. Una vez prestado ante el cadí el juramento prescrito por la ley, los padres de la esposa entregan el dote de esta al marido; en caso de muerte de la mujer, ó en cualquier otro caso legal, el marido debe hacer una especie de restitution del dote que se señaló al efectuarse el matrimonio. Los hijos legítimos tienen una parte igual en la herencia de sus padres, al paso que los hijos de las concubinas solo tienen derecho á la mitad.

Recibidas por los nuevos esposos las felicitaciones de costumbre, y las exhortaciones del *taleb*, se les hace pasear á caballo, al compás de la consabida música y de sendas descargas.

No media mas contrato matrimonial que el acuerdo convenido por los padres y amigos de los esposos ante el cadí. El dia del enlace la casada pasa sobre una mula á la casa conyugal, encerrada en una especie de jaula octógona, cubierta de tela blanca, de gasa ó seda de color de rosa; sus padres y amigos la acompañan solemnemente con la obligada pompa de música y salvas de espingarda. Su vestido es una túnica de seda ó terciopelo, de mangas estrechas, y bordada de oro alrededor del cuello; debajo de esta túnica, que solo cubre la parte alta de la pantorrilla, se ve una camisa de batista que llega al tobillo. Al llegar á la casa conyugal, donde hay dispuestos para recibirla, unos almohadones de terciopelo ó de oro, la nueva casada sale de su jaula y entra en la habitacion de que ya no puede salir, y á la cual va á buscarla su marido.

Las fiestas en obsequio de los padres y amigos de los recién casados, se dan algunos dias despues, y su brillo está en proporcion de su fortuna. Verificado el matrimonio, el marido debe permanecer en su casa ocho dias, y la mujer ocho meses.

El primero puede divorciarse si sospecha de la fidelidad de su mujer, y reemplazarla con otra; la mujer puede tambien divorciarse si prueba que su marido no tiene recursos para mantenerla. En caso de injurias y mal trato por parte del marido, este está obligado á darle ocho ducados por la primera vez, y un vestido de mucho mas valor por la segunda; á la tercera, la mujer puede abandonarlo, y en tal caso puede volver á contraer matrimonio á los dos meses.

El parto es tan poco penoso á las moras, que por lo regular se levantan al dia siguiente. Las mujeres del pueblo se entregan á sus faenas, con sus hijos á la espalda.

(Se continuará.)

LA SALAMANDRA GIGANTESCA

DEL JAPON.

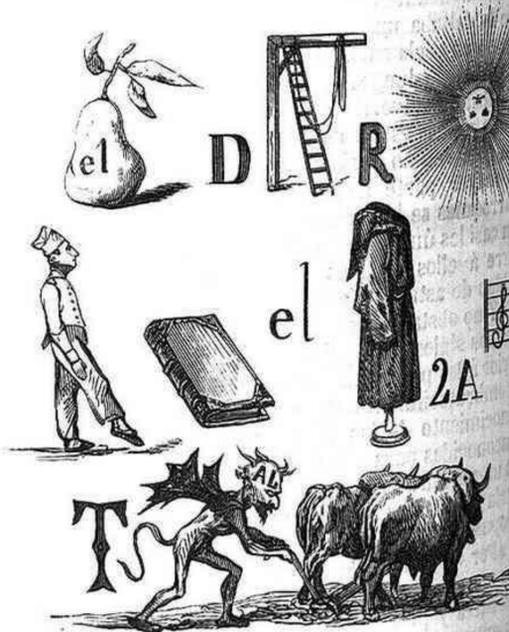
El reptil, conocido con el nombre de *salamandra*, ha ocupado á los naturalistas desde la mas remota antigüedad. Quién dice que se le llamó así por atribuírsele la facultad de apagar el fuego; quién por alusion á los lugares húmedos donde habita. Es lo cierto que el nombre de salamandra se encuentra en las obras de los autores griegos y latinos mas antiguos, como Aristóteles, Elieno, Nicandro, Plinio, etc. Sus especies son: la *maculosa*, de cuerpo negro, con grandes manchas amarillas que abunda en casi toda la Europa Meridional y Septentrional; la *córsica*, análoga á la anterior, de la cual se diferencia solo en la disposicion de los dientes de la parte media de la bóveda palatina; la *atra*, con la cabeza negra y sin ninguna mancha; y la *opaca*, de cuerpo liso, negro, con manchas mas pálidas por debajo, que parece se encuentra en Nueva-York. Aliméntanse de insectos, de pequeños moluscos y de anélidos. En invierno se les halla aletargadas en los subterráneos, en las cavernas y en las bodegas de las casas de campo. Si se las espone á la accion de un aire caliente y seco, pierden mucho de su peso; pero como los demás batracios, desde que se les proporciona un aire húmedo, recuperan el agua por la absorcion cutánea. Se han encontrado salamandras heladas en medio de témpanos sólidos; mas en cuanto se las ha puesto en nieve, y se ha hecho fundir esta lentamente, han revivido; resultando probado que este reptil, al que se atribuía la facultad de poder vivir en el fuego, tiene al contrario la de resistir mas que otro cualquiera los efectos de la congelacion.

Hasta ahora, las salamandras mayores conocidas en Europa solo median un palmo, y cuando mas un pié de longitud; pero la especie gigantesca del Japon, cuyo dibujo es adjunto, recibida por la Sociedad zoológica de Londres, ha dejado muy atrás en esta parte á todas las especies de que se tenía noticia. Habita en los lagos de las montañas basálticas del Japon, donde la descubrió el naturalista holandés, doctor Siebold; y la que ha llegado viva á Londres mide tres piés de longitud; es decir, es tres veces mayor que la mayor que hasta aquí conocíamos. No debe, pues, estrañarse que haya llamado tanto la atencion de los naturalistas, y escitado la curiosidad de las muchas personas que han acudido á los jardines de la Sociedad zoológica á ver el gigantesco reptil.

Geroglífico.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

La tierra do me criare Dios me la dé por madre.



La solucion en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG.—EDITORES, MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.